

## ¿Esplendor o decadencia?

**C**onviene para empezar, hacer un poco de historia con relación a la escritura académica en revistas científicas en Venezuela, pero para no extender demasiado esta reflexión, diré que ya a mediados del siglo XX encontramos en el país publicaciones académicas y científicas muy vinculadas al desarrollo de comunidades, pequeñas pero consistentes, de científicos y académicos venezolanos que encontraron, principalmente en las universidades más antiguas, léase UCV, ULA y LUZ, el espacio necesario para desarrollar sus trabajos. Eran publicaciones cuyo alcance quizás no sobrepasaba nuestras fronteras, más allá de los contactos individuales que estos académicos tuviesen con sus pares de otros países. Se trataba básicamente de contactos que se habían logrado establecer a raíz de la realización de cursos de posgrado en el exterior. Estas pequeñas comunidades se conformaron a partir de disciplinas como la medicina, el derecho y la ingeniería cuya consolidación en el país es de larga data.

La expansión y diversificación de la educación superior, acentuada principalmente en la década de los setenta, no estuvo acompañada de un desarrollo paralelo de la comunidad científica. Esto tiene como trasfondo, el hecho cierto de que la urgencia de atender tal crecimiento hizo que las universidades privilegiaran la docencia, con lo cual si bien no se destruyó la presencia de esos pequeños grupos de científicos, sí se limitó su crecimiento y expansión y, en consecuencia, el desarrollo y consolidación de una comunidad científica acorde con los cambios que ya comenzaban a perfilar lo que, con los años, conoceríamos como la sociedad del conocimiento y de la información. Los escasos grupos que tradicionalmente habían hecho investigación no dejaron de hacerlo, sin embargo esta función ocupaba un lugar

marginal o por lo menos secundario en la praxis de la mayoría de los profesores universitarios, para quienes en el mejor de los casos, lo que les motivaba a escribir una monografía medianamente seria en su área o disciplina, era la búsqueda del ascenso en el escalafón, a través de un trabajo, no siempre original ni inédito, pero que abría la puerta a un aumento salarial importante. Todo ello cubierto por una relación perversa que se ha catalogado como 'benevolente', entre el Estado y las universidades, en la cual estas no rendían cuentas ni aquel se daba por enterado.

Las estrecheces económicas que comenzaron a sentirse desde el inicio de la década de los ochenta, obligaron a un trastocamiento de esa relación; una muestra evidente de ello se produjo con el rompimiento de la homologación salarial de los profesores universitarios, expresado en un programa, ya instalado en otros países latinoamericanos (México por ejemplo, del cual se tomó el modelo a seguir), para recompensar con recursos económicos y con prestigio a quienes se dedicaran a la investigación y trataran de romper con la praxis en las universidades que solo privilegiaba la docencia. Se crea el PPI y se desatan las amarras que habían mantenido relegada la investigación. Las instituciones comienzan a prestar mayor atención a las actividades y procesos vinculados con esta función y, con ello, no solo se incrementa el financiamiento para la investigación sino que se promueve la creación de publicaciones en todas las disciplinas y áreas del conocimiento, como una manera expedita para que los profesores publiquen sus hallazgos y análisis de los distintos temas más estudiados.

Así, en contraste con lo que en décadas anteriores había estado reducido a pequeños grupos, muy localizados y, hasta cierto punto, aislados y con un escaso número de publicaciones, nos encontramos –de

---

acuerdo con cifras oficiales- con un crecimiento del número de investigadores y de publicaciones, más o menos sostenido hasta la desaparición del PPI, mantenido y acrecentado con la inclusión de los ‘innovadores’ en el PEI.

No obstante, esto que podría calificarse como un avance en términos del crecimiento y consolidación de la comunidad científica venezolana, tiene sus bemoles. En primer lugar, un efecto positivo es que se generalizó la motivación por la investigación, no solo por parte de los académicos sino de las propias instituciones, las cuales, por lo menos en su discurso, resaltan la importancia y trascendencia de los indicadores de la investigación realizada en su universidad, como elemento probatorio del prestigio de la institución. En segundo lugar, lo anterior ha tenido como consecuencia que muchas de las revistas científicas hayan podido permanecer en el tiempo y superado las escasas expectativas de vida que en el pasado caracterizaban a la mayoría de las publicaciones académicas. Su existencia era generalmente efímera o por lo menos poco constante en el tiempo, con largos periodos intermedios, en los cuales se dejaba de publicar y se perdía la periodicidad. Hoy por hoy y siempre que los recursos fluyan, la mayoría o por lo menos muchas de las publicaciones académicas venezolanas que han perdurado y han consolidado su existencia, mantienen su periodicidad e incluso su presencia en índices internacionales. En síntesis, se ha generado una cultura de la publicación académica.

En otras palabras, puede decirse que lo anterior apunta hacia el esplendor de la escritura académica. Sin embargo, la otra cara de la moneda ofrece un panorama diferente. Si bien hay una cultura de la publicación en las universidades, su horizonte no lo constituye la comunicación entre pares, para consolidar una comunidad académica y científica. Su valor radica más en el peso que puede tener la autoría del artículo o proyecto, para la ubicación en una categoría del PEI (o, anteriormente, del PPI), que en consecuencia, garantice la recompensa económica y alivie el deterioro del salario. Se ha producido así una banalización de la publicación científica y académica, en tanto esta se ha constituido en vehículo para lograr beneficios económicos individuales, que

en ningún caso se traducen en fortalecimiento de las relaciones que hacen posible la existencia de una comunidad académica y científica. Se escribe para llenar una formalidad, un requisito, no para comunicar hallazgos y reflexiones, en tanto prevalece el trabajo individual, aunque sea producto de un trabajo de equipo, pero en cuyo proceso de desarrollo se hace énfasis en la participación del investigador más que en la consolidación del grupo como parte de una comunidad científica, lo cual es el objetivo de la comunicación académica. Estamos en presencia de la decadencia de la escritura científica, efecto perverso de programas cuyo objetivo encubierto es compensar económicamente a los académicos.

¿Qué habría que hacer? No es fácil la respuesta, sobre todo porque el deterioro del salario es real y la recompensa que ofrecen programas como el PEI, en una situación económica como la de Venezuela, no deja de ser un atractivo que justifica y explica el interés de los académicos venezolanos por adscribirse al programa. La salida fácil sería eliminar este tipo de programa, pero no sería la solución sino una opción transitoria y con consecuencias graves para la comunidad académica y científica. Desde mi punto de vista, se trata de que las publicaciones producidas en Venezuela sean más estrictas en el cumplimiento de las normas para regular la calidad de los artículos, su originalidad y condición de inéditos. Debe privilegiarse artículos donde se de cuenta de resultados de investigaciones o de reflexiones que trasciendan los lugares comunes y los refritos, tan frecuentes sobre todo en las áreas sociales y humanísticas.

Por otra parte, habría que promover desde las instituciones y desde las propias revistas académicas y científicas una cultura de la publicación que tenga entre sus objetivos principales el fortalecimiento de la comunidad científica. Finalmente, el Estado tendría que retomar la evaluación de las publicaciones a partir de parámetros que midan no solo la calidad de la publicación sino el impacto científico y académico que tenga. Estas y otras medidas que se tomen con el propósito de consolidar (y, en algunos caso, incluso crear) unas comunidades científicas y académicas sólidas podrían conducir al esplendor de la escritura académica en nuestro país.